



Vicente Montañés

## Fui valiente, lo reconozco

### NERVIO ÓPTICO

Señoras que eran de pasable aspecto circulan ahora con cara de pez, como si lo ciñan y sus pantallas fuesen un novedoso acuario.

Un mediodía d. 1968, aguardando un trámbole en la esquina de Irarrázaval con Brown Norte, divisé un libro multicolor en mitad de la calada. Tresdo como un náufrago ajeno al peligro. Se encogió mi corazón de doce años: todo libro era para mí un posible objeto de culto. En aquel tiempo,

Zumbaban ante mi nariz (no es casual) desaprensivos y enormes automóviles de la época. Yo solo miraba ese libro: en cualquier momento iba a ser despiñado con resultado de muerte por las ruedas de una camioneta, una niñera, una liebre, un osmón de aero municipal. Sin soltar mis cuadernos, corrí a recogerlo en medio del tráfico. Hoy nadie lo haría. Fui valiente, lo reconozco.

En la tapa roja, azul y verde cuatro señoritas reían con insolencia. Era, en efecto, *Grandes maestros humanísticos*, antología de autores diversos preparada por Alfonso Calderón para la editorial Zig-Zag. Esa tarde de otoño lei como en trance el primer relato: "La nariz", del ruso Nikolái Gógol. Desde entonces dicha historia me persigue en sue-

ños no siempre angustiosos, pero sí recurrentes. Hay en ella un enigma de epistemología narrativa para mí jamás resuelto. Lo he discutido con maestros de todo género sin que logren convencarme de su casi unánime punto de vista. Defiendo el tío como gusto de escuchos, pero... ¿y si tuvieran razón? Una vida entera de cavilaciones perdería sentido.

Admitanlos que toda mutilación del rostro, cualquiera sea su causa, es trascendental y a menudo terrible. Hay quienes la inflige quirúrgicamente, *sous l'œil*, con el loable propósito de embellecerse. El arrancamiento o cortadura, el riesgo es abrumador: señoras que eran de pasable aspecto circulan ahora con cara de pez, como si lo ciñan y sus pantallas fuesen un novedoso acuario. Varias escaramuzas también, incluso tenistas.

Dos dilemas identitarios: ¿Hemos un derecho a modificar de manera sincónica y no diaconica sus fiecciones naturales? Látigos y libresles dicen que sí. Y el otro: ¿Somos la misma persona al egerir del pabellón? Depende, pues.

Leo por enésima vez "La nariz", ahora en una traducción de la chilena Cristina Vargas, pero no llego a una conclusión definitiva; a quién interpela el asesin crieguino Kavaliev en aquella iglesia de San Petersburgo? A lo mejor a mí mismo, y eso duele.

Tan profunda mella dejó en mí aquella lectura, que en 1971 frecuenté a profesores de lengua rusa en el Instituto Chileno-Soviético de Cultura. Mantuve allí conversaciones extraordinarias con detectives de ambos sexos: él me refería allumamientos prosibularios, ella iluminaciones místicas que pretendían incluirme. No sé qué fue de ellos. Decliné también un poema de Pushkin ante el embajador de la URSS. Y aprendí una palabra en castellano: idiosafia. Sí, de raza griega.

De los otros cuentos poco recuerdo. Una noche escuché uno en aterradora adaptación radial de *La tercera ola*: "El hombre que amaba a Dickens", del inglés Evelyn Waugh. No sé si es humorístico. Muy crudos nazarenos: tendría Calderón para considerarlo.

## Fui valiente, lo reconozco [artículo] Vicente Montañés.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Montañés, Vicente

### FECHA DE PUBLICACIÓN

2020

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Fui valiente, lo reconozco [artículo] Vicente Montañés.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

### UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile